

# INTERIORES EN EVAPORIZACIÓN

**M***il caballos de vapor*, de José Luis Herrera Arciniega, es un ejercicio literario que nos conduce al desconsuelo, luego de identificar que la existencia es una carrera horizontal hacia el fracaso. Y sin embargo, en caso de que haya una escapatoria, aunque la trama está a la vista, no hay nada que nos impida ser atrapados por los tiempos modernos, esto es, la necesidad de llegar al éxito, aunque se trate de una quimera.

Somos las moscas en la telaraña y el verdugo del tiempo arremete con paciencia pues su presa no puede escapar, porque al igual que los personajes de esta novela, cada uno de nosotros nos trepamos a la fantasía de que algún día dejaremos de ser un maicito más de la gran masa.

En *Mil caballos de vapor*, la metáfora equina nos echa montón, nos abruma con sus mil rostros, sus mil bufidos provocadores, que nos obligan a reconocernos como eternos perdedores ya que pertenecemos al sindicato de la mediocridad; sindicato al que, por cada respiro, con fiel monotonía, con la costumbre leal de sabernos vivos, le otorgamos nuestra constante contribución de frustraciones; frustraciones por la mala amistad, los malos trabajos, los malos políticos y, lo peor, por los malos amores y son malos simplemente porque no logran ser.

Para cada personaje, el tiempo es interior, ago-

biante, agonizante, como mirar con atención un espejo en cuyo reflejo se nos muestra a un individuo, que no ha cambiado físicamente –de no ser por una vejez repentina–, pero que ya no le es familiar; ese rostro ya no es el suyo. De tanto jugar a convertirse en otro, acabó por perder su propia identidad.

Sucede entonces que el tiempo galopa en sus recuerdos y les evapora sus sueños de grandeza. ¿Y quién no los tiene?

Concluir una carrera universitaria que dé prestigio y estatus social; conseguir un empleo que nutra de billetes la raquítica cartera; y, por qué no, hasta lanzarse para diputado. Total, al fin que los personajes (¿ellos o nosotros?) no vinieron a ver si pueden, sino porque pueden, vienen.

El problema es que no pudieron, ni siquiera en la expresión máxima del ser, esto es, cuando intentaron domesticar a los mil caballos durante la comunión con la amada. De la que, por cierto, muy tarde descubrieron que su belleza estaba más allá de sus ojos.

Además, vale decir que el amor también se vuelve de vapor, ya que se trata de una cárcel más; el amor no termina de configurarse porque enajena con un apetito insaciable. Desde luego que los pocos encuentros resultan cachondos; los personajes se entregaron sin complejos; el amor resulta enervante

hasta la bestialidad, pero resulta seco, sin sabor, y por más intento por perfeccionar el placer, y por más cuerpos en usos y desusos, el acto amoroso no llega ni a dolor:

Maribel, por qué este juego tan cursi de desabotonarnos mutuamente adquiere visos de que está resultando divertido, como si justificara las risas, cuando notamos que es evidentemente algo ridículo[...].

Con estos elementos, a los personajes no les queda otra alternativa que detener los tiempos y los espacios en imágenes interiores que se irán repitiendo como un laberinto irresoluble, ya que, tal y como señala el narrador inicial:

Nunca se debe llamar a una puerta si no se sabe antes qué hay detrás.

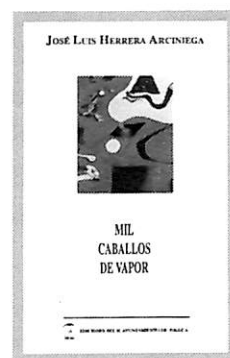
De esta manera, al abrir las puertas interiores de la novela, las que, desde luego, son las mismas puertas de los personajes, descubrimos que los mil caballos de vapor son los despiadados habitantes de una poética del fracaso.

No hay uno solo que se salve, ni el lector, porque, tal y como le sucede a Ricardo Valencia o a Alfredo Peregrina (dos sujetos que en el apellido sellan la penitencia, porque a Valencia "le vale" la vida, y el otro, es un auténtico peregrino sin brújula); como ellos, quién no le rinde tributo al gran Dios de la feliz resignación.

En *Mil caballos de vapor* se muestra un trote de pronombres, especialmente el Yo y los Ellos, (estableciendo una notable distancia entre cada persona) con lo que José Luis Herrera Arciniega establece una narración con un estilo que se vincula con el género confesional; o en todo caso, pareciera que también el narrador está dividido en dos o más personalidades, la que expone y la que oculta.

Con ello, el laberinto que conforma a la novela, se destruye y se deconstruye, en un constante abrir y cerrar de puertas, ya que si el tiempo determina la configuración de cada Yo, entonces el espacio se vuelve inestable y modifica el rumbo de sus paredes de acuerdo con la situación que se va narrando.

Se trata, así parece, de un regreso a sí mismo; de un ver el resultado de tantos fracasos, aunque no sea del todo consciente, porque los regresos son ate-



rradores, en particular los regresos al Yo que Soy, motivado por el Yo que Fui, y sublimado por el Yo que quise Ser, y no pude.

Entre tantos Yo, el personaje traslada sus conflictos internos al sistema político, y viceversa.

Chepe, en su crueldad, obligaba a Ricardo a descender al infierno de la vida política, que es el infierno no por las trampas que hay que esquivar, puestas por opositores o por los propios compañeros de partido; es infierno porque es vulgar, trátase de la sigla que sea.

Como vemos, el narrador que se confiesa, que los confiesa, que nos confiesa, muestra una lucha entre su moral y su ética; la política es vista como un imaginario individual, o sea, cada quien para su diablo, pero que a su vez, el imaginario se vuelve seductor por los beneficios que pueden obtenerse.

La política, iy la vida misma, qué caray!, es el nuevo Mefistófeles, envuelto en constantes absurdos de la vida familiar o común del burocratismo clasemediero:

Soy un fregón en pos de mi proyecto de vida: La chamba, el poder y las mujeres, porque de lo contrario, que mis caballos de fuerza se evaporen, y sin embargo, en el constante confesar-justificar de sus acciones, el narrador trata de buscar redención porque, según él, la culpa no es del todo suya, sino de los tiempos presentes, porque el "antes", el pasado, siempre fue mejor. Y por ello se entiende esa necesidad, aunque sea por un ratito, de representar o representarse en otra persona.

¿Y por qué no? ¿Usted quién quiere ser? LC

*Mil caballos de vapor*, José Luis Herrera Arciniega, Ediciones del H. Ayuntamiento de Toluca, Toluca, 1999, 108 pp.